



SE PUBLICA LOS SÁBADOS

Periódico-pañuelo, satírico ilustrado, impreso en tela

Precio: 25 céntimos**BARCELONA**Redacción y Administración
Plaza Real, 4.**PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN**

| | |
|----------------------------------|-------|
| | PTAS. |
| Madrid y Barcelona, trimestre. | 3 |
| Provincias y Portugal, id. | 3.50 |
| Ultramar y Extranjero, semestre. | 10 |
| Números atrasados. | 0.50 |

Precio: 25 céntimos**MADRID**Representante: J. LÓPEZ
Eguílaz, 8.**UNA INVITACIÓN**

— Yo te convidaría á comer, pero no tengo más que cocido mondo y lirondo.

— Pues entonces me quedo, porque nunca he comido lirondo.

MADRID

Bosch y Romero... Romero y Bosch... Bosch y Robledo... Romero y Fustegueras...

Ahí los tienen ustedes, tan de cuerpo presente (ministerialmente hablando) como el propio Istúriz y el mismo Miraflores, de quienes se sabe ya, con muy autorizadas referencias, que no volverán á ser ministros

nunca jamás,
nunca jamás,

como cantan en las zarzuelas del antiguo régimen.

Don Paco y don Alberto están muertos para toda su vida, como decía Zamacois imitando á Frascuelo; y por más que éste sea el país de las más inesperadas y fantásticas resurrecciones, se me antoja que ni aun en clase de Rocamboles, volverán al hogar paterno de su tío los hermanos siameses de la política acrobático-conservadora.

Esto no quiere decir que se hayan sumergido para siempre. La divisa de ambos apreciables próceres es la de *Fluctuat nec mergitur*, divisa famosa de la Ciudad de París, del corcho y de las calabazas.

Flotarán, y no se sumergirán, los señores Romero

BLANCOS Y NEGROS



—¿Por qué has tardado tanto en traerme la ginebra, tunante?
—¡Peldón, mi amol...



—Anda y dile al mayordomo que te dé veinticinco fuetazos.



—Sí, sí; para fuetazos estoy yo. Anda y que te los dé el capataz.

Robledo y Bosch, y todavía, por consiguiente, habrán de darnos mucho que decir, y mucho que escribir, y muchos trapos que someter á la benéfica acción de la lejía.

Entre tanto, la ropa sucia del Ayuntamiento de Madrid continúa sin lavar.

Un semanario ilustrado ha tenido la «dignación» de exhibir en sus páginas los retratos de los concejales procesados, y en medio de los concejales... el juez instructor de la causa.

Pero no pasamos del juez.

Es decir, los que no pasan del juez son ellos, con gran desesperación del auditorio, que está temiendo —á pesar de haber desaparecido de la escena ciertos obstáculos para la libre acción judicial— que en este interminable asunto ocurra lo mismo que les aconteció á los baturros que salieron de ronda en Lumpiaque: que les amaneció templando.

Templando gaitas (ó si se quiere, machetes) nos pasamos también, allá en Cuba, la estación de las lluvias, y la estación de la seca, y todas las estaciones habidas y por haber, sin excluir las que incendian á diario los mambises.

En rigor, ni lo de Cuba, ni lo de Madrid, ni lo de Lumpiaque, son cosas que corran prisa; sobre todo, si comparamos su duración con la de la eternidad... ó con la de la dulce cuanto inacabable vida literaria de *Asmodeo*.

¡*Asmodeo!*... Él asistió, siempre de frac y corbata blanca, al descubrimiento de las Américas por el propio Colón, y él asistirá también, siempre de corbata blanca y frac, al descubrimiento de otro mundo —siquiera sea de la clase de baúles— con el cual nos consolemos de la pérdida de aquel cuyo último hueso (sin Cayo) estamos defendiendo ahora.

—Contemplad á *Asmodeo*, y se calmarán vuestras ardorosas impaciencias— suelo decir yo á todos los que las manifiestan estos días ante el lento desarrollo de los sucesos de mayor interés, y con efecto, hasta los más nerviosos se tranquilizan, descubriéndose respetuosos y casi casi conmovidos, ante la figura, siempre atildada y perpetuamente juvenil, del escritor que ya en 1840 y desde las columnas del

Semanario Pintoresco Español (núm. 31, 2 de Agosto), patrocinaba á un tal Ramoncito Campoamor y le presentaba al mundo literario en clase de *joven de esperanzas*.

Porque el señor don Ramón de Navarrete tenía entonces autoridad para eso, y para mucho más. Era autor dramático de primera fila, crítico de punta, prócer de las letras, como suele decirse. Ahora, es decir, cincuenta y cinco años después, hace... revistas de salones.

Visto *Asmodeo*, que no es el único en su clase, aunque sí el *patriarquita* de la secta, ¿qué no podemos prometernos todavía de la actividad, perpetuamente juvenil, que distingue al ilustre general Martínez Campos?

Calma, caballeros, calma; no apuremos á su *mersé*; dejémosle hacer y deshacer, que él dará de sí. Tal vez dentro de cincuenta y cinco años, si no lo hallamos haciendo revistas de salones como el señor Navarrete, nos lo encontremos, ¡siempre en la trocha del Júcaro! convertido en un cadete de porvenir.

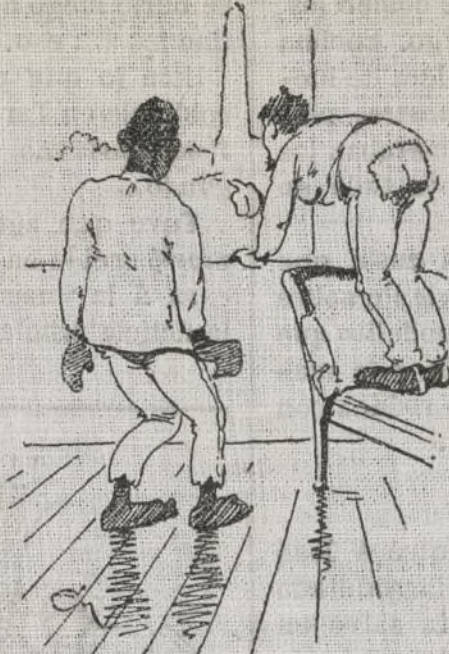
¿No tenemos convertidos igualmente en dos criaturitas «que prometen» á los señores Sagasta y Cánovas?

Prometen, pero no cumplen... más que los años, y eso que todos hemos convenido en que no pasan años por ellos.

El que más y el que menos, *asmodeiza* que es un gusto.

Yo no sé á punto fijo lo que haría en el año 1840 el señor Cánovas; pero se me antoja que entonces la echaría de ser más serio que un plato de *jabas*, como dicen en su tierra, y que se desdeñaría muchísimo de sentarse en un aguaducho al aire libre y en sitio muy público para «alternar» con la aguadora y escribir apresuradamente esquelitas con dirección reservada.

Pues eso que ni el señor Cánovas, ni *Asmodeo*, ni acaso el mismísimo Francisco Montes, rey de los toreros, hubieran hecho en 1840, lo ha hecho en 1895 la primera persona de la mencionada trinidad, según lo ha narrado muy puntualmente, y con todos



—¿Y para eso me has despertado, animal?... Espera un poco.

—¡Eh, tú, Panchito! Dale á este bruto veinticinco fuetazos.

—¿Conque veinticinco, eh?

sus pelos y señales, un activo «reporter» de *El Herald de Madrid*.

¡Cuando digo que no somos nadie, y que aquí no hay que darse prisa para nada!

Los españoles de casta y raza no estamos llamados á desaparecer, sino á rejuvenecernos.

Y si este remozamiento nos conduce otra vez «lenta, pero continuamente» á la lactancia, ¿qué le hemos de hacer? ¡patilla, cruzado y vuelta á mamar!

MARIANO DE CÁVIA.

SUMARIO

TEXTO: Trapos á la Colada, por M. de Cavia.—Barcelona, por J. Oscilla.—Puntadas cortas, por Doblado.—El ojo de cristal, por L. Gabaldón.—Símbolos, por J. Miró.—Cantares, por J. Yruela y Cerezo.—¡Ay, qué tosi!, por F. J. Estevan.—Teatros, por L. París.—Hilvanes y zurcidos, por Carrete.—Pasatiempos, Correspondencia, etc., etc.

DIBUJOS: de Cuchy, Rojas, Cilla, Cubells y otros.

BARCELONA

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora campos de suciedad, chozas y anuncios,

han de ser un día, que no verán tus ojos, la famosa Plaza de Cataluña.

Nada queda ya en pie del Circo Ecuestre, de aquel famoso Circo de Alegría y C.^a, en cuya pista el célebre Tony Grice y el inolvidable Tonet hicieron á bofetada limpia las delicias de nuestros futuros ediles; nada queda ya en pie de aquellas gradas donde tantas veces he visto reunirse á ese pueblo, eterno menor de edad, para escuchar embobado la voz de algún *compañero* y mártir ó el acento tribunicio de los Valleses y Llorens, egregios padres de la patria, que han de hacer nuestra felicidad en plazo no lejano.

Nuestra felicidad... y la suya. Porque, natural-

mente, nuestros representantes gozarán los imposibles al vernos á nosotros tan dichosos y á ellos... tan gobernadores de provincia, que es, ¡Dios me perdone!, á lo que se tira.

Sed libera nos á malo

Y que lo traduzca Vallés, que entiende más que el Nuncio en cosas de iglesia.

Tampoco queda piedra sobre piedra de aquel famoso algibe, construído para pasmo y admiración de propios y extraños en la época de la Exposición Universal, y que convidaba á tomar un baño de asiento en los días de calor; pero ¡ay! que no quieren los concejales prescindir de tan útil *artefacio* y han hecho numerar las piedras del mismo para reconstruirlo, seguramente, en el patio del palacio del Ayuntamiento, al objeto de poder lavar la ropa sucia de la casa, que mucha debe haber, sin necesidad de darla á la lavandera.

Y tampoco queda nada del famoso caserón del señor Grases (¡vaya un tonto!), en cuyo primer piso tenían su casinito con su billar y todo, como los hombres grandes, esos republicanos de buena fe, como el famoso pescador de caña, que no saben á qué carta quedarse desde que don Emilio les dió con la puerta en las narices.

Pero queda todavía el rabo por desollar. ¡Y vaya un rabo! Porque quedan unas vallas, que ni un *simoun* las derriba, para que haga su agosto un empresario de anuncios; y la choza, ó cosa así, que tanto gusto dió en el pasado verano, cuando la tomó en arriendo un cafetero que no era corto de genio; y la casa de don José Estruch, el cual me parece á mí que no se dejará convencer tan fácilmente; y la otra casa, que no sé de quién es, y tampoco me importa, á la entrada del Paseo de Gracia; y los innumerables propietarios, con derechos indiscutibles ¡y tal!, de la famosa plaza, la que hemos de ver convertida en el más grandioso puchero que haya imaginado nunca el más genial de nuestros pinches de cocina, si prospera, que si prosperará sin duda alguna, porque esas cosas nunca se malogran, el proyecto del arquitecto municipal señor Falqués.



Y he aquí porque quieren los negros a los blancos criollos.

Pero ahora pregunto yo: ¿qué importa que desaparezca la tan cacareada plaza?

¿Quieren ustedes una plaza? Pues la tendrán sin tardar mucho.

Lean sino lo que dice un periódico de esta capital:

«El propósito de constituir en esta capital una sociedad taurina va tan adelante y ha encontrado tantas simpatías en la opinión, que para el domingo próximo, á las seis de la tarde, está convocada una reunión en el café de Lyon, calle del Carmen, para dar forma al pensamiento constituyendo dicha sociedad, á la cual, de antemano, deseamos larga vida y muchas prosperidades.»

Y naturalmente, lo primerito que hará la sociedad taurina una vez constituida será construir una nueva plaza de toros para su uso particular.

¡Y que nos hablen después de regionalismo los chicos de *La Renaixensa*!

JORGE OSCILLA.

PUNTADAS CORTAS

COSAS DE LA SEMANA

Circulan rumores entre los bolsistas; no sé si son buenos ó son pesimistas, pero lo que observo, lo que voy notando, es que está de prisa la Bolsa bajando... Anda, en estos días nerviosa la gente; se hablan al oído misteriosamente, y en cafés y centros, calles y mercados, en lugares públicos y en los reservados, se habla, se murmura, se dice, se cuenta, todo se analiza, todo se comenta. Y afirma la gente

sesuda y formal que el disgusto es grande y muy *general*, y es fácil que á Cuba el diablo se lleve y venga la *gorda* en plazo muy breve. Y ahora se me ocurre que si es de verdad que viene la *gorda* para Navidad, ¡qué buen matrimonio concertar podría ella con el *gordo* de la Lotería!...

* * *

¡Ya pescó una cartera el conde de Tejada Valdosera! Lo que es una delicia para el país; que sabe que se esconde en el famoso conde, hoy ministro de Gracia y de Justicia, un arsenal de ideas reaccionarias, en esta situación muy necesarias.

La mollera del conde de Tejada, ó si ustedes prefieren, la mollera del conde de Tejada Valdosera, dicen que esta ahuecada, y como nada tiene, no da nada; ¡lo contrario del cura de Horadada!

Hay quien dice con algo de malicia y con mucha intención, que el ministro de Gracia y de Justicia que hoy tiene la nación, podrá tener *justicia* no reacia, pero es verdad probada que... ¡maldita la *gracia* que tiene el señor conde de Tejada! Oh, si el lector mejor lo considera, el conde de Tejada Valdosera.

* * *

Cuentan (y no salgo garante del hecho) que á Bosch Fustegueras y á Paco Romero, viéronles el jueves salir de paseo cogidos del brazo muy graves, muy serios, muy triste el semblante, los ojos muy tiernos, *las orejas gachas*, mohinos, perplejos, vacilante el paso y encorvado el cuerpo. Y cuentan, que al verles exclamó un sujeto: ¡Dios mío, qué solos pasean los muertos!

DOBLADILLO.

CARICATURAS

El ojo de cristal

Ya se habían corrido las amonestaciones y muy pronto D. Inocente Verduguillo, hombre obeso, con esa obesidad de *arco* que delata á la persona para quien la vida es un *restaurant* y el mundo un plato bien condimentado, abandonaría las comodidades del solterón por las sonrosadas caricias del matrimonio.

D. Inocente se casaba.

Para él, hombre gordo, el matrimonio era una cuestión en la que indudablemente se fatigaría, pero eso no le arredraba; su solo objeto era el de poseer el corazón de aquella muchachuela de ojos garzos y boca de mieles, en la que había sido una mosca pesada; codiciaba con ansias seniles las airoas curvas de aquella alegre mariposa de taller, que más de una noche había revoloteado por el bullicioso salón de un baile de máscaras libando en los labios de los hombres caricias y besos consagrados por la hechizante espuma del champagne.

Demasiado comprendía que su arruinado continente avasallado por la labor del tiempo, no podía cautivar el corazón de aquella chicuela, ni mucho menos aprisionarle en las espesas redes de la fidelidad; pero sin embargo él se las prometía muy felices, merced á sus caricias y tiernas solicitudes. Y gracias á que su parte física había de sufrir grandes reformas debidas á los adelantos de la ciencia y á los numerosos y delicados tintes que un peluquero amigo suyo fabricaba y que eran, por decirlo así, el *resurrexit* de los que, como él, buscaban en la química el primitivo color de sus cabellos.

Con efecto, D. Inocente cada día era más rubio, cosa que no dejó de asombrar á sus amigos de la infancia, viejos apuntalados en afeites, y que á los pocos días se volvieron tan rubios como él.

¡Misterios!

Lo cierto era que D. Inocente, según se aproximaba el día de la boda, se remozaba.

Bien es verdad que nadie echó en tan poco tiempo tantas canas al aire.

Su continente era más erguido; aquellos *pronunciamentos* del abdomen fueron reprimidos merced á la destreza de un ortopédico, si bien con detrimento del individuo, que sudaba la gota gorda, y al que le estaba vedado bajarse al suelo, bajo ningún concepto, so pena de una formidable explosión; pero ¿qué valían esta fatiga ante la codiciada noche de novios, ante el grato perfume de la flor de azahar al abrir sus candorosos pétalos?

El día anterior al de la boda fué para D. Inocente un día terrible.

A casa de la modista, á la que había encargado un *trousseau* con las esplendideces de un príncipe (D. Inocente no reparaba en gastos); á la fonda, á encargar la comida de boda, cincuenta cubiertos con el champagne aparte; á casa de la florista, á ver el ramo de azahar, grande, más que las murmuraciones de las malas lenguas; á casa del joyero; á la fotografía para retratarse en los umbrales de la felicidad; al sastre; á la parroquia... ¡ah! y á casa del ortopédico para que diera dos vueltecitas á la faja que servía de malecón á aquel vientre.

Fué un día de prueba.

Cuando llegó á su casa se acostó y á los pocos momentos a sonrisa del hombre feliz asomó á sus labios. D. Inocente soñaba, sí, soñaba que estaba al lado de ella, entrelazados sus brazos y rodeados de un nimbo de luz que destacaba las rubias cabecitas de los angelitos, lo mismo que en una tarjeta de *Felicitación á usted las Pascuas!*

A los pocos momentos, un fuerte ronquido devolvió á D. Inocente á la vil prosa de la vida.

Cuando el sol se destacó en el horizonte como una inmensa bola de fuego, D. Inocente se despertó, resregóse los ojos y sus labios dibujaron una sonrisa.

La dicha le aguardaba. Se vistió con todas las

agravantes del que va á casarse, ensayando en el espejo de cuerpo entero la más airoa de las posturas, y pretendiendo imprimir á su cuerpo movimientos de balancín, á lo que la faja se oponía con una tenacidad verdaderamente desesperante. Con aires de conquistador y con trofeos de hombre feliz, salió de su casa, procurando hacerlo con el pie derecho para componer el agujero, y se dirigió á casa de la novia, donde ya le aguardaban con impaciencia los convidados.

El cura bendijo aquella unión de la mariposa y el rinoceronte, y en los gangosos latinajos que se escapaban de su boca, como aire del agujereado fuelle, iba todo el misterioso oráculo del porvenir.

Ya en la calle y organizada la comitiva, se fueron á la fonda, donde la mesa puesta con ciertos refinamientos aguardaba.

Por la calle padeció mucho D. Inocente bajo el poder de algunos curiosos, que se preguntaban quién sería el novio, y hubo atrevido que exclamó: «¡Olé las buenas personas, y bendito sea su papá de osté que va á su lao más hueco que una caña!»

El día, un día de alegría, en que el chiste, apuntado de verde, salpicaba el ramo de azahar de la desposada y las mandíbulas se abrían al paso de fuertes carcajadas, tocó á su fin.

La comida transcurrió sin más accidentes que uno de verdadera importancia para D. Inocente, cuya *faz*, de congestionada, tornóse lívida.

¡La maldita faja!

Olvidando la prohibición del ortopédico, quiso hacer el cadete y bailar, bailar con su mujer; pero en una de las agitadas vueltas del vals, cayó el abanico, y ¡oh compromiso! ¡cómo permitir que ella se molestara de ninguna manera. D. Inocente, con todo un poema de resignación en la mirada, se bajó á recogerlo, y entonces la explosión fué inmensa, tanta, que los convidados pensaron en una mano criminal.

El abdomen, libre de trabas, respiró con satisfacción y recobró con holgura su primitiva residencia: D. Inocente, en el torbellino del baile, quiso olvidar tan dolorosa impresión, pero el extremado ejercicio le hizo sudar tan copiosamente, que el rubio del cabello comenzó á palidecer y á volverse blanco, con sorpresa de todos, que no comprendían aquellos cambios tan rápidos como los cristales de una linterna mágica.

¡Oh, dolor! El tinte huía como el crepúsculo, que empezaba á bañar los cristales en mortecina luz.

Los recién casados, libres de felicitaciones, se retiraron á su casa; ella con la sonrisa picaresca y el gracioso mohín de la gitanilla; él con el espíritu sumido en densas nieblas.

La luz se apagó y las sombras invadieron la alcoba.

A la madrugada un nuevo desengaño estaba reservado á la nueva esposa.

Cuando ésta despertó para arrebujaarse entre la espesa manta de Palencia, notó que su marido tenía el ojo derecho abierto, y no sólo abierto sino que un humor vídrioso corría por la retina.

¿Lloraba?

Pasó su mano diminuta y la retiró fría.

No lloraba, no.

Era una nueva sorpresa.

Aquel ojo era de cristal, y con el rocío de la madrugada se había escarchado por completo.

Cuando despertó D. Inocente, una carta que sobre la mesilla de noche estaba, se lo explicó todo:

«Nene mío: Te dejo; no puedo ser esposa de un hombre tan feo y tan artificial.

Huyo con Pablito.

Tu ex-posa

Constancia.»

¡Horror! Pablito era el que fabricaba los tintes para D. Inocente.

LUIS GABALDÓN.



CUESTIÓN PALPITANTE

TORRES Y COMP^A

 de VILLAFRANCA DEL PANADÉS
 Provincia de Barcelona — ESPAÑA
 EXPORTACIÓN DE VINOS Á ULTRAMAR

MOSAICOS ^{Los de}
ESCOFET, TEJERA Y C^A
BARCELONA:
 Ronda de San Pedro, 8
MADRID: Alcalá, 18
 palacio de La Equitativa

 son los mejores
PAVIMENTOS
BARCELONA EN LA MANO
GUIA DE BARCELONA
 Y SUS ALREDEDORES
 POR

D. José Roca y Roca
 CON MAGNIFICOS PLANOS

 Se vende en la *Librería Española*, Rambla del
 Centro, 20 y en las demás librerías.

BARCELONA.
RUS

 APARATOS FOTOGRAFICOS
 PLACAS MONCKHOVEN
 San Pablo, 68 y Espalter, 10
 BARCELONA

RUS

 Los mejores aperitivos
VERMOUTH BELLARDI
 Dom. Bellardi y C.^a — **TORINO**
 Depósito: Paseo del Cementerio, letra B

VERMOUTH MARTIN
 Recomendado por la Real
 Academia de Medicina y Ciru-
 gía de Barcelona.

DR. TUTAU ex alumno de los hospita-
 les de París, especialista en
ENFERMEDADES DE LA PIEL y venéreas.
 Consultas de 9 á 11 y de 2 á 4
 Rambla de Cataluña, núms. 5 y 7, 1.^o — **BARCELONA.**

SÍMBOLOS



ALÍ anoche de la oficina mi amigo A... cuando me lo encontré, hastiado de su labor ingrata y de su inmovilidad forzada, con unas ganas atroces de desparezarse, en cuerpo y alma.

La compañía de un oyente y aun de un contradictor le supo á gloria, y no me desagradó á mí el encuentro, porque no es mi amigo de los que presumen que el hombre debe hablar aunque nada tenga que decir.

—Pensaba ir al teatro, á un estreno,—me dijo;—podríamos dar una vuelta y cenar juntos, una cosita modestísima, por ahí.

Rechacé el convite, pero no me dejó por ello, sino que proseguimos andando, sin soltar la pelota del diálogo empujado por las réplicas y las confirmaciones, levantado de pronto por una idea inesperada, por una comparación sugestiva; ó decaído por agotamiento, para renacer tras de una pausa con nuevo brío.

Entretanto, habíamos pasado tres veces por delante del bodegón en que mi amigo se proponía cenar, sin hacerle maldito el caso.

—Ande, ande usted á cenar—le dije,—que se va haciendo tarde, y perdemos el tiempo.

—¡Ah, sí! ¡perder el tiempo! Si no lo pudiésemos perder, ¿qué sería de nosotros? Cinco horas he pasado aprovechadas, á lo que parece, y con sólo recordarlas me siento calado hasta los huesos por la tristeza y el hastío.

—Así ha de ser la vida monstruosa que llevamos, útil solamente en los esfuerzos penosos que hacemos para el provecho ajeno, estéril en todo cuanto pensamos y proyectamos espontáneamente: fruto nutrido por un alma robusta, pero que ha de morir apenas nacido, víctima de las inclemencias de un ambiente adverso. Lo del «bosque de símbolos» en que andamos perdidos durante la vida, podría aplicarse aquí, ¿eh? ¿qué más símbolo que dos paseantes que conversan á la hora en que todo el mundo come, y pasan inconscientes al rededor de la mesa puesta?

—Todo es símbolo, en efecto. Esta tarde me he asomado un momento, atraído por una música destemplada de la calle. Era el entierro de un ciego.

Detrás del ataúd, de dos en dos, seguían los músicos callejeros, que se reúnen solamente cuando han de acompañar á un ciego al cementerio, y solamente saben tocar juntos esa marcha fúnebre ramplona que parece hecha pedazos al brotar de la charanga lamentable. Los músicos van espaciados; las notas acordes que habrían de formar armonías, surgen espaciadas también de los instrumentos desafinados, y corren, tropiezan, se confunden en disonancias ridículas: el hipo del clarinete, el bramar del fiscorno, el rugir del trombón, los porrazos sordos del bombo... Marcha fúnebre que parece carrera alocada de un cojo en las tinieblas... El destino de aquellos infelices es el de sentirse eter-

namente aislados; el estudio, el cariño, la solidaridad, todo les junta, pero en balde.

Luego he sabido que enterraban á un conocido mío...

—¿Un ciego?

—Sí, ciego de nacimiento. Puede que usted le recuerde. Un hombre bien plantado, vestido de negro, relativamente limpio, de bigote y perilla ya canosos, con la melena hasta el pescuezo, que tocaba últimamente el violín en uno de esos cuarteles callejeros...

—No, no le recuerdo.

—En la calle ha tocado poco tiempo; á lo último, cuando la miseria le rindió. ¡Otro símbolo!...

—¡Ah!...

—De pequeño tomó afición á la música. Sus padres, negociantes en Tarragona, le llevaron á una escuela de ciegos, donde aprendió á tocar el violín. Su maestro, ciego también, era organista de una parroquia; José María, que tendría entonces doce años, iba á menudo á la tribuna del órgano, y gozaba lo indecible... llorando. De genio afable por lo común, tenía arrebatos de furor espantosos, por cosas baladíes, á veces sin motivo aparente. Se iba á la iglesia, solo, y lloraba. Cuando regresaba á casa, estaba curado. Así llegó á figurarse la música religiosa y el santuario como un remedio para sus más grandes males. El culto de la Virgen María llegó finalmente á iluminar su alma con incendios de amor. Una tarde, en la iglesia desierta, se hizo acompañar por el sacristán al camarín de la Virgen, y satisfizo el ansia ardiente de conocerla. El párroco vió desde la puerta de la sacristía á un hombre, detrás de los cristales del altar mayor, que posaba sus manos sacrílegas en el rostro de la imagen... La indignación del sacerdote iba á estallar, cuando el sacristán contestó á sus voces que era José María, el ciego...

Un día fueron á pedirle que tocara alguna cosita en un concierto. Tocó, encogido, espantado del auditorio que le parecía una muchedumbre inmensa. Oyó el aplauso, seguido de felicitaciones, de abrazos, de apretones de manos; y desde aquel momento ambicionó la gloria, la fama.

Por aquel entonces sobrevino el acontecimiento decisivo de su vida. Se casó con una hospiciana, doncella al servicio de una familia á la que visitaba todos los días, para dar lección de violín á un muchacho. La criadita era servicial, zalamera; al maestro le enamoraba el tono dulce de la voz, los cuidados que le prodigaba... ¿A qué podía aspirar el inválido? Su padre consintió en la boda, y murió al cabo de cuatro meses de celebrarla,—ya viudo,—fiado en el bienestar de su hijo que era dueño de un capitalito regular, guiado en las tinieblas por una compañera amorosa.

La mujer de José María, envanecida por la fortuna, alentó la ambición de su marido, y le decidió á correr el mundo en pos de la gloria y de la riqueza.

Esta carrera duró tres años. El matrimonio vino á parar á Barcelona, arruinado, desesperado. El concertista, incapaz de darse bombo, desprovisto de la potencia del genio que se impone al vulgo, fracasó en todas partes.

Fuí á verle á Hostafranchs, en lo alto de una casucha saturada de suciedad. Desde el tranvía veía desfilar los cobertizos en que se almacenan las

ruinas, residuos de negocios, astillas de comercios, triturados por la quiebra ó por el embargo. Encima de un almacén estaba clavada una bandera de hierro, veleta inutilizada sirviendo de muestra, pintada de amarillo y encarnado; y la remataban los tramos de una escalera de caracol proyectada en el cielo, sin principio ni fin.

Por las señas me iba acercando á la casa, que conocí al poco rato por un molinillo de viento sobre la baranda enmohecida del balcón: un modelito que José María se había entretenido haciendo á la manera de los ventiladores de café y que rodaba con un susurro de arboleda, moliendo aire...

— Como yo...

— Eso es; como nosotros.

Subí; estaba la puerta abierta. Encontré á José María solo, en un cuarto mugriento, arrodillado delante de la pared desnuda. Rezaba la salve en alta voz, y lloraba. Dejé que pasara la crisis de lágrimas, y finalmente le llamé por su nombre. Me dijo que ya había oído pasos, pero que no hizo caso. Me contó que le hacía bien rezar á la Virgen del Remedio, que había llevado siempre consigo en aquel cuadro que estaba colgado de la pared. No quise desengañar al infeliz y decirle que en la pared no había más que telarañas. Probablemente el cuadro lo había vendido su mujer, como el violín, que estaba empeñado...

José María era de ánimo fuerte. A los pocos momentos me hablaba jovialmente de sus esperanzas de volver á Tarragona; de su mujer casquivana, pero honrada en el fondo... Y con gracejo cáustico

se burló luego de los ciegos que se casan, predeterminados á... eso.

Hice lo que pude por él; mas no me fué posible colocarle en Tarragona, á lo menos por entonces. Y José María no quería volver á su tierra mendigando...

Tuvo que agregarse á un cuarteto callejero, y murió creído en la fidelidad de su mujer, vuelta la cara á la imagen ausente, oyendo el susurro de la ficticia arboleda del balcón...

JOSÉ MIRÓ.



Cantares

Del libro de mis amores
dos hojitas arranqué:
la del día que te quise
y la del que te olvidé.

El día que tú te mueras
he de escribir á San Pedro
para que ponga de gala
la portería del cielo.

JOSÉ YRUELA Y CEREZO.

CLÍNICA DEL DR. BERCERO

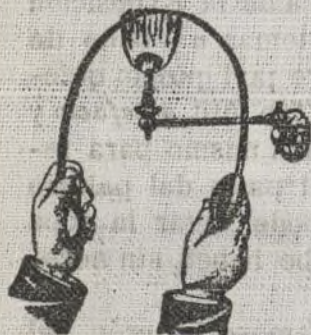
Calle del Olivar, 1, y Magdalena, 18, principal.—MADRID

SECCION HERNIAS

Estos grabados representan el modo de dar ó quitar fuerza á los muelles de los bragueros inalterables de goma dura de Seeley's que oprimen á voluntad, ajustan con precisión, no les ataca el calor, ni el frío, ni el sudor, ni el orín, ni el agua

de mar. Alcanzan gran número de curaciones.

Para mayores detalles, consultar con el Doctor Bercero, Olivar, 1, y Magdalena, 18, principal MADRID.—Gratis los domingos



ARTICULOS

PROPIOS PARA

CORSÉS

ANTIGUA CASA

Valldoncella, 20.—BARCELONA

Desde la fábrica de corsés más importante hasta la señora hacendosa y económica que quiera ella misma hacerse el corsé, hallarán todos los artículos en la

BALTA

FOLGUERA Y ESQUIROL

COMISIONES Y REPRESENTACIONES

Especialidad en todo lo concerniente al ramo de SASTRERÍA

Bajada de San Miguel, 1, entresuelo 2.º, BARCELONA

CASA DE BOLSA

y Cambio

Rambla del Centro, 16, y Unión, 2 —BARCELONA— Teléfono 1354

F. QUER

Paseo San Juan

1691

BALANZO BARCELONA

1242

Teléfono

MANUFACTURA DE CORBATAS, CUELLOS Y PUÑOS

Fábregas y Boguñá

Barbará, n.º 16
BARCELONA

Exportación á Provincias y Ultramar

COMMERCIAL UNION

Assurance Company
Limited

CAPITAL: £ 2.500.000

Sucursal española para los ramos de incendios y marítimos:
PLAZA ANTONIO LÓPEZ, 15. — BARCELONA



FÁBRICA DE CRISTAL

y Talleres especiales de útiles de Farmacia, Química, Accesorios de bodega y material para la fabricación y envase de bebidas gaseosas, cerveza y aguas minerales. Botámenes y accesorios de Farmacia los más modernos y económicos de JUAN GIBALT LAPORTA.—Despacho Central y Talleres de Decoración, Aribau, 5 y 7, Barcelona, Teléfono 616

TABACO EN POLVO



—Vaya un polvito.



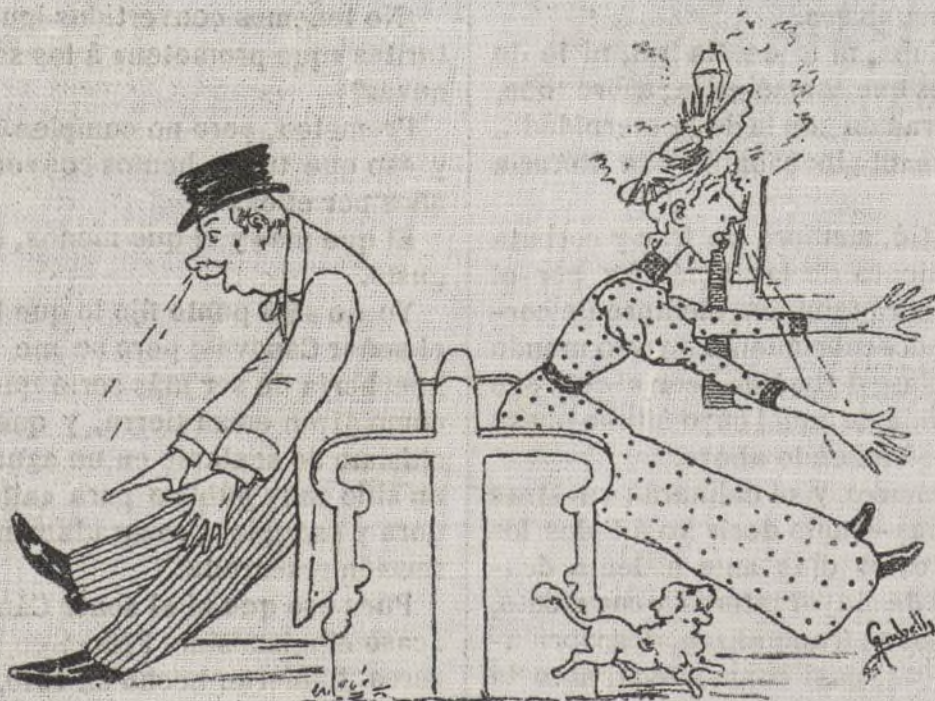
—¡Esto es gloria pura!



—Parece que pica...



—¡A la una!... ¡A las dos!...



—¡¡At... chis!!...

¡AY, QUÉ TOS!

Hace un mes que estoy pasando un constipado tremendo, y hace un mes que estoy tosiendo y hace un mes que estoy rabiando, pues al fuerte malestar de esta bronquitis aguda, se une la terrible duda de no saber qué tomar, porque tantas opiniones, tantos consejos he oído, que estoy ¡oh, lector! sumido en un mar de confusiones.

Consulté primero con cierto médico que es homeópata, y después que reconoció el pulmón, dijo con frase galana y razonamiento lógico:

—Ese estado patológico por infección microbiana, terminará de seguro tomando estos granulitos.— Y me dió unos papelitos... y me cobró medio duro.

Mas no hallé en la homeopatía pronto y eficaz remedio y quise buscar un medio rápido en la alopátia.

Y un alópata excelente díjome:—Pruebe usted las pastillas del doctor Blas que curan radicalmente

las toses más pertinaces: haga usted lo que le digo.— Y al tomarlas, un amigo me dijo:—Pero ¿qué haces?

Esas pastillas sencillas no resultan, no señor. Pastillas, las del doctor Andreu, ¡esas son pastillas!

Y otro me recomendó las pastillas Geraudel, y otro las pastillas del doctor J. Morelló;

quien las del doctor Clemente, quien las del doctor Lluís, quien las de Ambarina Vis,... y así sucesivamente.

Y con tanto recetarme pastillas, de noche y día, estaba que no sabía con qué pastillas quedarme; encontrándome en un potro, pues no juzgaba oportuno si tomaba las del uno, el no tomar las del otro.

Y entre tanto, la mucosa se iba irritando en *crescendo*, y yo seguía tosiendo de una manera espantosa.

Hasta que al fin, cierto día, un amigo de verdad cortó mi perplejidad diciendo:—¡Qué tontería!

¡Hombre, no seas melón! ¿Pastillas? ¡Eso es pamplina! Tú debes tomar la Fina—Poro—Membrana—Ramón.

Ese es un gran preparado y no se ideó un invento como ese medicamento.

Ayer mismo le he mandado á mi mujer que está en Bétera dos frascos. ¡Lo has de probar! Lo que á ti te ha de curar es la Fina—Poro... etcétera.—

Y tanto habló de la Fina, y fué tan grande su asedio, que no tuve más remedio que comprar la medicina.

Pero apenas comencé á finapoporizarme, cuando vino á visitarme un punto, y me dijo:—Usted hace un soberbio derroche de menjurjes; créame á mí, arroje usted eso, y tómese usted esta noche

una poción de agua hirviente que esté bien azucarada, y con el agua mezclada una copa de aguardiente.—

Pero en cuanto hubo salido de casa el que aconsejó lo del aguardiente, entró otro y dijo enfurecido:

—Para la tos que usted tiene, el aguardiente es exceso; la leche de burras, eso, eso es lo que le conviene.—

Juzgué el remedio sencillo y ahora de leche me hartó, lector, porque cada cuarto de hora me bebo un cuartil'o.

Ya sé que habrá quien deseche mi afirmación y se asombre, y es fácil que exclame:—¡Hombre! ¡Ya se necesita leche!

Pero le debo advertir al lector que así discurra que no me surte una burra, ¡cuarenta me han de surtir!

Mas ese procedimiento no da ningún resultado, pues persiste el constipado y la tos sigue en aumento.

Y ya no sé qué tomar y ya no sé lo qué hacer para dejar de toser y dejar de estornudar.

Ya tomé los preparados de brea, de terpinol, de eucaliptus, guayacol... ¡y demonios colorados!

De jarabe consumí lo menos cuatro barriles, gasté pastillas á miles, y pues nada conseguí y la tos me tiene frito, dame un consejo, por Dios: ¿cómo me quito esta tos, lector? ¿cómo me la quito?... FRANCISCO J. ESTEVAN.



MADRID

Que Enrique Gaspar es un autor dramático, no necesita decirse. Lo tiene probado ya. Pero Enrique Gaspar, lo mismo que tantos otros de nuestros literatos más eximios, padece el *mal del siglo*, sufre las angustiosas torturas de un eclecticismo estético pervertido por malas artes, y lucha sin éxito con el artificioso procedimiento de hacer comedias sin acción y sin pasión, con mascarilla de tesis y con vestiduras conceptuosas y altisonantes que forman el principal bagaje de una mala retórica *ad usum*... de los dramaturgos extraviados.

Me explicaré: *La eterna cuestión*, drama estrenado en el teatro de la Comedia con escasísimo éxito, aparte de sus semejanzas con *Julie de Treceœur*, co-

media de Octavio Feuillet, — conocida también y juzgada por el público madrileño hace años merced á una buena traducción de Luis M. de Larra, — es una obra desprovista de caracteres de vitalidad. El conflicto pasional (de índole morbosa) base del drama, si mereciera la pena de ser estudiado en el libro con prolijo análisis psicológico, no encaja en modo alguno en el procedimiento sintético que el teatro necesita. Hay, en la última obra de Gaspar, una escena de grandes vuelos, vigorosa, palpitante, pero que por excesivamente preparada y entrevista por el público antes de verificarse, pierde su interés, conservando en cambio su antipática crudeza... Los amores de Edipo y de Yocasta sólo caben en la tragedia. En este fin de siglo tan neurósico consérvese aún puro é inmarcesible el símbolo de la maternidad, y es tarea ardua y repulsiva desposeer á la Madre de todos sus prestigios, borrando con inseguro brochazo el limbo luminoso que rodea su cabeza...

Razonar y justificar los absurdos no fué jamás misión de autor dramático. Basta con presentar sus conflictos, el choque brutal de sus consecuencias

en briosa exposición, *vivida* si ha de ser sentida, no *inventada* nunca si ha de ser naturalmente estética...

Y basta de disquisiciones que no encajan mucho en los límites de TELA CORTADA.

Al escribir estas líneas ha sido retirado ya de los carteles el drama de Gaspar, y no es de almas nobles ensañarse con los vencidos.

La rebaja del tío Paco, segundo golpe dado por el autor á *La estatua ecuestre*, es un juguelito de tonos verde esmeralda, sin importancia, que tampoco añadirá nuevos timbres á la reputación literaria del señor Gaspar.

De los intérpretes del drama en cuestión, merecen ser citados las señoras Tubau y Alvarez y el señor Thuiller.

El teatrillo Martín acaba de jugarse la última carta decisiva, que á mi entender, también ha perdido. *El año 1895*, novísima revista de Navarro Gonzalvo, especialista en el género, no ha conseguido entusiasmar á los señores del margen. Entre otras razones, porque la sátira ha llegado tarde y en frío. Acaso hace un mes hubiera provocado grandes aplausos, pero ya la situación ha variado y es viejo todo aquello. Grave riesgo á que se exponen las obras de actualidad que entre lecturas y ensayos se convierten en *fiambres* muy fácilmente.

La musiquilla, del señor San José, ratonera é insoportable.

En la interpretación de la revista se distinguió por su ridícula afectación la señorita Prado. La señorita Arnal muy discreta.—No puedo mencionar á los restantes cómicos encargados de la obra, porque... no los conoce ni la Divina Providencia.

LUIS PARÍS.

CRÍTICOS CALLEJEROS



— ¡Qué cursi es este Benítez! Presume de elegante y deja que se le vean tres dedos de pantalón.



Viendo desde una butaca, en uno de nuestros teatros, un caballero sordo, un baile de «gran espectáculo», entusiasmado, cuando la primera bailarina giraba sobre la punta de un pie, con la otra pierna levantada más de lo regular, dijo en voz desentonada:

— Más alto, hija, que no oigo.

—*

— ¿Ha visto usted TELA CORTADA?

— Tres ejemplares llevo en el bolsillo, del último número.

— ¿Tres ejemplares?

— Es que estoy constipado.

—*

— ¡Mal padre! ¡Canalla!

— ¡Baltasara!

— ¡Qué padre! Verdad es que tú ni eres padre ni nada.

— ¡Señora! ¡Basta de indirectas!

—*

— ¿Es de usted ese mono?

— Sí, señor, de mi primer marido.

— ¡Caracoles!

— Me lo trajo de Filipinas.

— ¡Ya!

—*

— Aurorita, ¿está usted comprometida para el vals?

— ¡Ay!, sí, Godofredo.

— ¿Y para la habanera?

— También, y para el *schotisch*.

— Pues, hija, diga usted que tiene abono por treinta representaciones.

—*

— ¿Y la hermanita?

— Está en la cama.

— ¿Enferma?

— No; descansando: anoche tuvo velada en el Círculo.

— ¿Y usted?

— Dormida.

— ¿Qué?

— Pasé toda la noche dormida como un ángel; no quise ir á la reunión.

—*

A un licenciado en *Derecho* dije al pie de un pino verde:

— Si á vestir llegas la toga,
¡mira bien por dónde *tuerces*!

— ¡Qué sueño tan triste!

— ¡Qué lúgubre sueño!

En el Campo Santo, con mi calavera
jugando á los bolos, estaban los muertos...

E. DÍAS INFANTE.

Teoría del Derecho se titula un volumen que su autor, el distinguido sociólogo don Ubaldo Romero Quiñones, ha tenido la amabilidad de remitirnos.

La índole de nuestro semanario prívamos de ocuparnos del libro como se merece.

Al precio de 3 pesetas se vende, como pan bendito, en todas las librerías.

CARRETE.

Al cambiar de dueño el antiguo Hotel de las Cuatro Naciones ha sido objeto de notables reformas que lo han colocado al nivel de los primeros de Europa. Nada en él echará de menos el viajero para su comodidad y *confort*: cocina de primer orden, espaciosas habitaciones, cuyos elegantes muebles y tapicerías han corrido á cargo del conocido industrial D. Francisco Castelltort, salón de lectura, cuartos de baño, ascensor, alumbrado eléctrico, etc., etc.

Su dueño actual, el Sr. Durio, al inaugurar el Grand Hotel, que este nombre llevará en lo sucesivo el antiguo de las Cuatro Naciones, mostró su generosidad remitiendo 250 pesetas á las familias de las víctimas de la catástrofe de Palma, y otras 250 á las familias de los reservistas que pelean en Cuba.

¡Dios se lo pague!

¡Ah! Se nos olvidaba decir que la parte decorativa del Grand Hotel ha sido encargada á los conocidos pintores Sres. Saumell y Vilaró.

Pasatiempos

CHARADA

Conozco yo un *dos primera*
que es muy *prima dos tercera*.

J. LARNEY.

FRASE HECHA



CHARADA EN ACCIÓN



JEROGLÍFICO



Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIONES

A LA CHARADA: *Tela*.

A LA CHARADA EN ACCIÓN: *Caballero*.

A LA FRASE HECHA: *Agarrarse á buenas aldabas*.

AL JEROGLÍFICO: *Los rotos por lo general tienen mala compostura*.

CORRESPONDENCIA

Algenib.—Tiene usted facilidad para el verso, pero no es cosa mayor lo que nos remite. ¡Ah! No podemos servir suscripción alguna sin anticipar el importe. Es nuestro lema.

Camilo Caplin.—Hemos decidido en consejo de ministros no publicar *cuadros estratégicos*, ni cosa que se les parezca.

Sr. D. C. C.—Hasta la fecha no hemos podido hallar la gracia que indudablemente tendrán sus epigramas.—Quizás pasadas las Pascuas seremos más afortunados.

Sr. D. J. L.—Va la charada.

Sr. D. A. L.—Vigo.—Su artículo es demasiado extenso y no encaja en nuestro semanario.—Gracias, de todos modos.

Sr. D. N. A. C.—Valladolid.—Veremos de publicar algo de lo que remite, haciendo ciertas correcciones necesarias.

C. Lestino.—Lo último recibido no sirve.

Fray Fondillo.—Te veo, besugo.

Triquitake.—Sus epitafios no resultan.

Imprenta de Henrich y C.^a, en comandita. — Barcelona.

TINTAS CH. LORILLEUX Y C^{IA}, BARCELONA